



LOS EJERCICIOS

Sistema

DE VIDA

Antonio Glez. Dorado S. I.

Desorientación. Es la crisis de nuestro mundo moderno. Subconscientemente nos sentimos los europeos en un continuo estado de guerra, pero nuestras juventudes no saben por qué hay que luchar. Lo dijeron los jóvenes alemanes cuando se trató de organizar un ejército y se sintieron solidarias todas las juventudes de Europa.

Cuando tras un análisis el fenómeno se hace transparente, las raíces aparecen profundas. Tal vez la clave de todo el enigma se encuentre en la realidad que acusaba Dilthey a principios de siglo: «Con más desasosiego que nunca busca hoy nuestra especie descifrar el misterioso rostro de la vida de boca sonriente y mirada melancólica» (1).

(1) W. Dilthey, *Introducción de las Ciencias del Espíritu*, (México), p. XXIX.

Y añadía como un naufrago recogiendo el grito doloroso de nuestras generaciones: «Yo no estoy en posesión de ninguna solución del enigma de la vida» (2).

Hoy no saben los hombres para qué se nace y para qué se muere, y consecuentemente ignoran los jóvenes por qué hay que luchar. Hoy nos falta una concepción del universo y de la historia capaz de hacer estimar nuestra existencia.

Un orientador

Hace cuatrocientos años moría en Roma San Ignacio de Loyola. Figura discutida como todos los grandes protagonistas de la

(2) *Id.*, p. XXIII.

historia. Pero su simbólica estampa de soldado imperial, recortándose sobre el cielo de Navarra, la percibimos plétórica de sentido, como una consigna en medio de la desorientación. En efecto, su pensamiento tiene tal modernidad que es una respuesta a nuestras inquietudes. Su visión del mundo es un plano maravilloso del planeta que tenemos que reconstruir. Él ha dicho para qué se nace y para qué se muere, y ha sembrado en la vida una mística de servicio.

San Ignacio no era un especulativo para dejarnos un largo tratado sobre sus concepciones del mundo. Era el «contemplativo en la acción». El que sabía que transformar el universo es conquistar hombre a hombre. Por este motivo sólo dejó un libro pequeño, suberizado externamente por un rudo castellano, los *Ejercicios Espirituales*, que pretenden transformar al cristiano y darle una orientación religiosa en la vida.

En este libro intentamos sorprender su concepción cósmica e histórica. La que sería capaz de arrancar de su abulia a nuestras juventudes asqueadas por los resultados de la guerra, y librar de su neurosis a unas generaciones que se han llamado existencialistas porque no comprenden la existencia.

Introducidos en el estudio de los *Ejercicios*, encontramos la cosmovisión ignaciana desarrollada casi biológicamente a través de cinco meditaciones claves, llamadas con lenguaje técnico Principio y Fundamento, Meditación de los propios pecados, Rey Temporal, Dos Banderas, Contemplación para alcanzar amor.

Sólo nos fijaremos en algunas facetas íntimamente relacionadas con la desorientación actual.

Teocentrismo metafísico.

El punto de partida de los *Ejercicios*, recogido de una filosofía hoy de nuevo revalorizada, es la contingencia del hombre —«el hombre es criado»—, relación radial de nuestra existencia creada con la de Dios, descubriéndolo como núcleo de esta esfera gigantesca que llamamos universo.

Como antítesis a la concepción teocéntrica de Ignacio, encontramos la postura del Renacimiento, intentando desplazar a Dios de

su centro cósmico y transformando consecuentemente el cosmos en caos, y la vida humana en «una historia contada por un idiota» como decía Shakespeare, o en «una pasión inútil», como ha afirmado Sartre.

Eliminado Dios en el primer acto del *Drama del humanismo ateo*, se imponía fatalmente la desvalorización del hombre en cadena. Hoy, al contemplar las últimas escenas, vemos que la humanidad ha perdido el sentido y el respeto más elemental a la vida, hasta que los horrores de una guerra mundial y la perspectiva de un futuro apocalíptico le han hecho despertar en la noche de su desorientación gritando con Lady Macbeth: «¡Sangre!». Es la sangre de un Dios que no ha muerto.

Pero en ese Dios va a fundar Ignacio la esperanza de nuestra generación. Porque sabe que desorientación y agonía son la expresión periférica del ateísmo.

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y todas las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es criado» [23]*. En pocas palabras, frente a las ruinas de nuestro ciclo, ha quedado delineada la arquitectura metafísica del universo restaurando todas las cosas en Dios.

En visión panorámica aparece Dios en el centro a cuyo alrededor se escalonan en círculos concéntricos el hombre y la naturaleza. San Pablo, integrando teológicamente esta concepción metafísica había afirmado: *Todas las cosas son vuestras; vosotros de Cristo; Cristo de Dios* (I Cor 3 22). A la luz de la ignaciana organización ontológica el hombre queda revalorizado porque ha sido insertado en Dios. Deja de ser un número para recobrar su imperio sobre lo irracional. Una corriente de respeto a sí mismo brota de lo más profundo de su contingencia al sentirse creatura de Dios.

Íntimamente enlazada con la visión panorámica del universo, surge la proyección dinámica de la vida, resolviendo las incógnitas que se ha planteado el hombre moderno. San Ignacio describe con exactitud la órbita de

* Citamos los textos tomados de los Ejercicios, mediante los números marginales.

nuestra existencia. El hombre, que es individuo, sociedad e historia, nace de las manos de Dios, que lo lanza a la coordenada del tiempo para que construya armónicamente con la naturaleza el gran poema de la gloria de Dios. Componer este poema es encontrar la propia felicidad y arribar a las orillas de la eternidad.

Teocentrismo cristiano es, por tanto, la respuesta que da San Ignacio a nuestra inquietud. Es urgente que nuestra sociedad occidental integre su concepción del hombre y la familia, sus instituciones políticas, económicas y sociales dentro de la concepción totalitaria y religiosa que presenta San Ignacio. Sólo entonces volverá sobre la tierra «el reino de la Justicia, del Amor y de la Paz» (3).

Concepción histórica

Pero una orientación completa del hombre exige no sólo una concepción metafísica del universo, sino además una filosofía de la historia que sintetice orgánicamente el pretérito e ilumine el futuro.

También Ignacio atiende a esta exigencia siguiendo un proceso, probablemente subconsciente, que cristaliza en una auténtica filosofía de la historia.

Primeramente establece su concepción metafísica del mundo en el *Principio y Fundamento*. Escalona después el proceso histórico mediante cuatro sucesos fundamentales recogidos de la Revelación: creación del universo, pecado de los ángeles, pecado del primer hombre, encarnación del Verbo. Por último, al polarizar su concepción metafísica en la síntesis histórica obtiene, en lo que ha llamado meditación de *Dos Banderas*, una concepción de la historia de auténtica tradición cristiana.

El teocentrismo propuesto como pórtico de los *Ejercicios*, al establecer contacto con la historia, deja de ser una verdad abstracta para transformarse en una fuerza que choca violentamente contra el egoísmo de la naturaleza caída que parece repetir el *non serviam* del ángel malo.

Teocentrismo y egoísmo son consecuentemente dos polos de signo contrario, que han

dividido a la humanidad, originando la lucha entre Cristo y Lucifer. «El primer preámbulo es la historia: será aquí cómo Cristo llama y quiere a todos debaxo de su bandera y Lucifer al contrario debaxo de la suya» [167].

Lucifer y Cristo no son para San Ignacio símbolos, sino realidades históricas que encarnan dos místicas existenciales. Cristo es la mística del servicio a Dios. Lucifer, la mística del egoísmo. Traducido en un lenguaje ascético característico de los *Ejercicios*, Cristo es pobreza, menosprecio, humildad [146]; Lucifer, por el contrario, codicia de riquezas, deseo de honores, soberbia [142]. La humanidad entera ha quedado dividida por estas dos místicas desafiantes a través de los tiempos.

Pero hay épocas en las que esta dualidad parece adquirir una tensión máxima obligando al hombre —en su amplio significado de individuo, sociedad e historia—, a optar decididamente por una de las dos místicas. Son las edades llamadas *sacras* o *medievales* en las que el espíritu humano se orienta con insistencia brujuleante hacia las posturas absolutas. Nosotros pensamos con Berdiaeff que la actual historia europea, y tal vez la del planeta, ha desembocado de nuevo en una encrucijada medieval. «Hoy —afirmaba el pensador ruso— no se puede realizar un reino humanitario de término medio; no se puede realizar más que la fraternidad en Cristo o la camaradería en el Anticristo. Si no hay fraternidad en Cristo, ¡que reine, pues, la camaradería en el Anticristo! El pueblo ruso ha planteado este dilema con una fuerza extraordinaria ante el mundo entero» (4).

Pero plantear un problema no es solucionarlo. Por eso San Ignacio sale a nuestro encuentro, no sólo haciendo diáfana con su teología de la historia la encrucijada abierta ante el mundo actual, sino desplegando además un camino de victoria y el ensueño de un mundo mejor.

Postura cristiana

Hemos presentado con fría objetividad la disyunción planteada a nuestras generacio-

(4) N. BERDIAEFF, *Hacia una nueva Edad Media*, (Barcelona), p. 178.

(3) Prefacio de la Misa de Cristo Rey.

nes: con Cristo o con el Anticristo. Pero no es cristiana ni la postura de indiferencia ante el rumbo caprichoso que pueda tomar la historia, ni el pesimismo inmoral de Gheorghiu al afirmar que ha sonado la *hora 25*, una hora después de toda redención posible.

El cristiano tiene fe en la redención del hombre porque sabe que Dios cree en ella. Por eso intentamos con el P. Lombardi, no «la sociedad técnica que ocupará el lugar de la sociedad occidental y que conquistará toda la superficie de la tierra» (5), sino la *era de Jesús*. Lo que se necesita son hombres de vanguardia, dominados por la mística del servicio a Dios, que orienten a nuestro mundo hacia el «gran campo de toda aquella región de Hierusalén, adonde el sumo capitán general de los buenos es Christo nuestro Señor» [138].

Y aquí nos encontramos con la seguridad cristiana de San Ignacio. Cuando presenta el cruce histórico, las dos ciudades agustinianas, Jerusalén y Babilonia, no hay lugar para la indecisión, porque supone que el ejercitante ha optado ya por la bandera de Cristo. ¿Cómo lo ha conseguido? Tal vez sea éste el punto más interesante que nos queda por estudiar, y que podría orientar una revisión teológica del pretérito y un camino hacia el futuro.

Universo y pecado

En el período purificativo, que constituye la primera parte de los *Ejercicios*, San Ignacio, mediante un proceso de introspección, nos lanza a la aventura de bucear en las profundidades más oscuras de nuestra personalidad ontológica. Nos hace bajar más allá de la carne, más allá de la contingencia, hasta lo más íntimo del yo que es nuestro propio pecado. Y desde este puesto de observación privilegiado nos obliga a enfocar el universo y contemplarlo en función de *mi* pecado, que prácticamente es lo mismo que contemplarlo en función del egoísmo, del antropocentrismo, de Lucifer o del Anticristo.

Contraste violento. El hombre, que había contemplado la luminosidad metafísica del *Principio y fundamento*, hundido ahora en la barrancada de su pecado, comienza a pal-

parse «como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima» [58]. Un silencio frío invade a la tierra hasta que la mística del egoísmo hace saltar en pedazos el gran poema de la gloria de Dios. «Esclamación admirativa con crecido afecto, — escribe San Ignacio—, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dexado en vida y conservado en ella los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, fructos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos» [60].

Es la creación entera la que contempla el hombre violentada por el pecado en su tendencia más íntima de entrar como elemento integrante en la gloria extrínseca, que debe dar el ser racional a Dios. La reacción espontánea de la naturaleza es una tensión y desequilibrio cósmico que pone en peligro la misma existencia humana.

No se trata de *tremendismos* ignacianos. Una crítica equilibrada puede dar testimonio de la autenticidad de esta afirmación con sólo analizar la historia moderna como una férrea evolución del antropocentrismo reinante.

El mundo como empresa

El egoísmo individual y social es el responsable de toda la catástrofe. Con inconsciencia patológica escribía orgullosamente Federico Nietzsche: «Dios ha muerto y el hombre ha sido su asesino». Para el que hace los *Ejercicios*, para el que disecciona el pasado, no es un grito de triunfo. Es una acusación. El hombre es el único responsable de la ruina de una civilización que fue cristiana. No puede quedar cruzado de brazos como un imbecil ante su crimen.

En el mismo deicidio, en el cadáver de Cristo, va a radicar precisamente San Ignacio nuestra esperanza y nuestra ilusión de construir un mundo mejor. «Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna

(5) V. GHEORGHIU, *La hora 25*, (Barcelona 1950), p. 57.

a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere» [53].

Aquí se inicia el cristocentrismo ignaciano que informa una nueva concepción dinámica del universo: el mundo como empresa a lo divino. Cristo es el restaurador de la catástrofe originada por el pecado y el antropocentrismo. Las ruinas pueden reconstruirse en un gótico de ojiva orante restableciendo el equilibrio cósmico y firmando las paces entre el cielo y la tierra. Cristo viene a reconquistar la historia para el Padre. Ante esta empresa, el hombre queda dominado por una mística de servicio incondicional que se refleja en las palabras de Ignacio: «lo que debo hacer por Cristo». La brevedad emocional de la frase es el puente que conduce a la segunda parte del libro de los *Ejercicios*, donde el hombre aprende que la vida es digna de vivirse porque hay una empresa humano-divina que lo necesita.

Toda empresa implica un programa y un jefe. San Ignacio los propone con frases lapidarias, de estructura evangélica.

La empresa es clara: «mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre» [95].

El programa austero: imitación del jefe «en pasar todas injurias y todo vituperio, y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra Sanctíssima Majestad elegir y rescibir en tal vida y estado» [98].

El conocimiento del Jefe íntimo y profundo: «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [104].

Al llegar a este punto dos concepciones opuestas, el mundo en función del pecado, el mundo como empresa a lo divino, han hecho su entrada en el área sentimental del ejercitante. La verdad objetiva se ha transformado, en frase de Kierkegaard, en *mi verdad*, la única capaz de hacer historia. Se ha vitalizado creando un campo eléctrico de atracción y repulsión en el que el hombre no puede mantenerse indiferente.

Sólo entonces, con un proceso natural, se proyecta la gran síntesis de las *Dos Bande-*

ras, las dos místicas, la de Cristo y la de Lucifer. Prometen dos proyectos planetarios. Pero todo ejercitante, todo europeo que estudie nuestro pasado, ha de sentirse identificado con la bandera de Cristo. Debe estar dispuesto a luchar por la era de Jesús.

Teofanía Cósmica

Pero ¿qué proyecto planetario presenta la Bandera de Cristo? Enrolarse en una bandera supone sacrificio y desprecio a la muerte. Eso implica ideal y ensueño. Y hoy se empieza a dudar si queda en nuestro viejo continente alguna idea noble capaz de exigir la vida de un hombre.

«Europa —ha afirmado Dawson— ha empezado a perder la fe en sus propias tradiciones y valores culturales» (6). Y al faltarnos la fe ha tenido que desaparecer el ideal y el ensueño.

El fenómeno es dolorosamente explicable. Europa fué Cristianismo, y Cristianismo es amor. Pero «¡la gran víctima de la guerra —gritaba el P. Lombardi— es el amor! En el mundo ha muerto el amor» (7). Y sin amor Europa, el planeta entero es un barco abandonado, un bote sin camaradería «donde triunfa el que sabe apropiarse de la mejor parte y huir a nado» (8), y consecuentemente donde no puede haber fe.

Ante nuestros ojos expectantes, si no rescita el amor, la trayectoria del futuro es clara. Con trazo amargo han descrito el porvenir en un género nuevo, que podríamos llamar *la novela profética*, Dautreigne, Oswel, Huxley, Zamyatin y Salinas (9). Sin fe y sin amor lo único que nos espera es el gran dolor de la humanidad simbolizado por Salinas en *La Bomba Increíble*.

Pero hay alguien que sueña en un mundo donde vuelva a reinar el amor, y despliega su bandera blanca para decirle a las juventudes por qué hay que luchar. Es Cristo que

(6) CH. DAWSON, *Situación actual de la cultura europea*, (Madrid 1951), p. 9.

(7) LOMBARDI, *Por un mundo nuevo*, (Barcelona 1952), p. 156.

(8) GRAHAM GREENE, *Inglaterro me ha hecho así*, p. 253.

(9) Cf. el interesante artículo de MIGUEL ARTOLA, *Cuadernos Hispano-americanos*, vol. 24, pp. 150-167.

ha venido a traer fuego a la tierra y no quiere sino que arda (Lc 12⁴⁹).

Ignacio ha logrado captar el ensueño de Cristo y proponerlo como colofón de su obra en una meditación que cierra el libro de los *Ejercicios*: la contemplación para alcanzar amor.

El ejercitante que haya hecho completos los *Ejercicios* al llegar este momento ha de encontrarse identificado con Jesús ideológica, volitiva y sentimentalmente. Sólo entonces se despliega esta nueva y suprema visión del mundo. Es el *Principio y Fundamento*, el teocentrismo metafísico que al ser visto con los mismos ojos de Jesús, se potencia a la categoría de teofanía cósmica e histórica en la que se realiza la ecuación joannea «Dios es amor». La realización de este ideal es lo que debe dominar a nuestras juventudes si quieren crear un mundo mejor.

Historia, naturaleza y metafísica aparecen originándose como irradiaciones del amor de Dios. Y el cosmos en su esencia contingente y en su tendencia teleológica queda divinizado, rezumando divinidad porque «todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la de mi medida potencia de la suma e Infinita de arriba, y así justicia, piedad

misericordia etc., así como del sol descienden los rayos, de las fuentes las aguas» [237].

Y al sentirse el hombre reflejo del amor de Dios, rompe el último eslabón que le ataba a la mística del egoísmo, «considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte offrescer y dar a la su divina Majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas» [234]. Esa es la postura indispensable para recristianizar nuestro continente, para resucitar el amor.

Conclusión

¿Sueños vanos? ¿Idealismos? No. Nosotros soñamos en una futura raza de hombres nuevos, en lenguaje paulino, que invada el planeta instaurando «el reino de la Justicia, del Amor y de la Paz». No son sueños vanos. Es el sueño de Ignacio, el del Papa, el de la Iglesia, el de Cristo.

Nosotros sabemos por qué tenemos que luchar. Un ansia flameante debe surgir en nuestras juventudes europeas. Una decisión de devolver el amor al mundo y a Europa que lo han perdido. Sólo entonces se vivirá esa teofanía cósmica que será la manifestación más profunda de la era de Jesús.

